

RESEÑAS DE LIBROS

Syd 524592

María de Lourdes Sierra Kobeh, *La crisis del Líbano...un interjuego local, regional e internacional*, México, Institución Paradigma de Actividades Científico-Culturales, 1999, 294 pp.

Durante los largos y destructores años de la crisis libanesa, que no acaba de irse, nació y creció una generación para la cual la violencia constituyó su entorno cotidiano. Fue la época de las milicias y el desaliento, de las reiteradas rupturas de treguas, de las alianzas y contraalianzas, de las intervenciones e invasiones, de la nación dividida geográfica y espiritualmente, de las efímeras propuestas de solución, de un juego sangriento en que todos perdieron, o, más precisamente, en que lo que las partes ganaron o creyeron haber ganado no compensó en absoluto las pérdidas. Aunque en la actualidad la turbulencia armada está circunscrita prácticamente a la frontera meridional, no puede afirmarse que el Estado libanés haya alcanzado del todo la normalidad, la situación del país sigue siendo un tanto anómala.

Yo diría que el trabajo de María de Lourdes Sierra es sobre todo un intento de comprender un problema de enorme complejidad. No quiero decir que se trata de un mero ejercicio, en que el problema elegido para desentrañar sea lo de menos. Seguramente, aquí el tema constituye el motivo primordial del interés de la autora. Pero me importa subrayar que lo que se nos ofrece es un examen sistemático y pluridimensional de algo que a menudo se aparece como una madeja enmarañada y de vez en cuando asume el aspecto de un nudo ininteligible, pese a lo cual con demasiada frecuencia ha sido objeto de explicaciones simplistas o insuficientes o fragmentarias o unilaterales. Y en la investigación que comentamos uno de los méritos es la crítica a tales explicaciones poco felices. Entre los enfoques erróneos que se critican quizá el más conspicuo es el llamado eurocentrismo, aun cuando a estas alturas ya no tiene cara de ser el más bravo. Tendré oportunidad de referirme a él hacia el final.

Diré, también, que a mi juicio la autora logra su cometido y que, por otra parte, al poner sus resultados a disposición del público permite a éste alcanzar la comprensión de fenómenos y procesos que los medios de prensa suelen presentar de forma distorsionada o, en el mejor de los casos, demasiado a la carrera.

Comenzaré presentando a vuelo de pájaro el contenido del libro:

Primero un prólogo de Graciela Arroyo, atingente y sustancioso. Segundo, una introducción, donde se justifica el estudio y, por ende, se indican los fines perseguidos por él; tercero, un capítulo histórico donde se rastrean los orígenes del Líbano en cuanto Estado y los factores condicionantes de la crisis; cuarto, un capítulo que aborda el desarrollo de la guerra civil comenzada en 1975 y el fin de los enfrentamientos armados internos, y quinto, las conclusiones generales, que retoman las causas de la crisis y plantean las condiciones que han de darse para superarla por completo. Además, como era de esperarse, una abundante bibliografía, dividida en dos apartados que comprenden, respectivamente, libros y artículos. Por último, tres apéndices o anexos, a saber: una útil cronología, el texto de la resolución 425 del Consejo de Seguridad de la ONU (aquel que, en marzo de 1978, pide, entre otras cosas, el retiro de Israel) y el texto de los acuerdos de Taif. Por último, se encuentra un conjunto de mapas, 7 en total, bien escogidos y esclarecedores de aspectos relevantes y centrales.

Para continuar, quisiera referirme a dos epígrafes muy significativos, de Gibran y de Corm, que encabezan, respectivamente, el capítulo primero y el tercero. Es cierto que a veces los epígrafes son un mero adorno o muy poco más. En este caso no es así: a mi juicio, captan en profundidad el pensamiento y la actitud de la investigadora. Helos aquí.

El de Gibran:

Piedad para la nación donde existen mil creencias y ninguna religión.

Piedad para la nación dividida, en la que cada parte reivindica para sí misma el nombre de la nación. (*El jardín del Profeta*).

El pasaje de Corm:

En Líbano la muerte se presenta tanto por causa de las “tradiciones” —con todo el arsenal de la tecnología militar moderna— como por causa de la “modernidad” —bajo las formas más tradicionales y arcaicas...

La guerra civil libanesa es una guerra sin rostro, donde la muerte se presenta bajo diferentes máscaras: protección del cristianismo y de las minorías, resurgimiento del islam, afirmación del sionismo, defensa de la arabidad, emancipación de los oprimidos...

Cada libanés que muere no muere solamente por su propia causa, sino muere por la rivalidad de las grandes potencias, por el conflicto árabe-israelí, por las contradicciones de los principales países árabes... (*Géopolitique du conflit libanais*).

¿Qué encontramos aquí? La difícil cuestión del papel de la religión como realidad y como pretexto, las comunidades religiosas y el confesionalismo, y, más en general, las relaciones entre las ideologías y los factores socioeconómicos. Los mitos y las falsas justificaciones. El papel de la historia y el cambio. La acción recíproca de factores, elementos y actores internos, por un lado, y actores, elementos y factores del exterior.

Pasemos revista rápidamente a las posturas que la investigadora asume respecto de estos temas.

1) La religión es importante, pero no es lo decisivo. El confesionalismo o sistema confesional (incorporado en el llamado Pacto Nacional de 1943) representa una salida falsa. La existencia de múltiples comunidades religiosas no es en sí misma un problema, como lo atestiguan las varias épocas en que se ha dado lo que se denomina simbiosis comunitaria.

2) El descontento y las rebeliones tienen más que ver con la desigualdad entre comunidades que con lo que las comunidades creen o dejan de creer.

3) En las explicaciones habituales, pero también en las movilizaciones, se han manejado diversos mitos, como el de que los enfrentamientos son sustancialmente entre el cristianismo y el islam, o el del carácter fenicio de la nación libanesa o el de la mediterraneidad de Líbano, por oposición al mundo árabe, que pertenecería al océano Índico.

Recordemos que a veces se afirma que los seres humanos no pueden vivir sin mitos. No lo creo, pero sí creo —es más, me consta— en lo usual y lo extendido de su uso. En cuanto a la manipulación que se ha hecho del pasado fenicio de la zona costera de lo que hoy es Líbano, reivindicando algunos la identidad fenicia, para negar la arabidad del país, María de Lourdes observa, por ejemplo, la falta de continuidad temporal y la escasa o nula relación de las ciudades Estado fenicias con el interior montañoso. No es bueno olvidar que entre los animadores de la *nabda* o renacimiento árabe del siglo XIX desempeñaron un papel destacado intelectuales maronitas. Los maronitas poco tienen que ver históricamente con los fenicios. Suele admitirse que los primeros maronitas vinieron de lo que hoy es Siria, del valle del Orontes o °Así, de una región con la cual los fenicios tuvieron muy poco que ver. Si los maronitas fuesen fenicios una parte por lo menos de los sirios de hoy también lo sería. Por otra parte, no es saludable extremar la idea del aislamiento de la montaña, pues si el aislamiento

fuera extremo no habría sido posible que se transmitieran —como de hecho se transmitieron— patrones culturales y lingüísticos; sin ir más lejos, prácticamente la totalidad de los habitantes habla árabe.

Al pasar advertimos, a propósito de la pertenencia al mar Mediterráneo, que al sur de sus costas y a una porción grande del Levante se asoman países árabes.

Idea fundamental del libro es la de que sin conocer la historia del Líbano no es posible comprender la crisis. ¿Por qué este hacer hincapié en la historia? Se podrá alegar que la historia, el pasado, es lo que ya no es, es algo que no existe y que, por tanto, no tiene sentido detenerse en ella para explicar el presente. Sin embargo, hay buenas razones para hacerlo. La propia autora ofrece una de gran peso: no sólo porque “la crisis tiene un origen histórico, sino también porque las estructuras sociales contemporáneas de la sociedad libanesa guardan una relación estrecha con las estructuras que la precedieron históricamente” (p. 36). Desde mi punto de vista, podrían citarse por lo menos otras tres: *a*) porque los actores la tienen presente (o tienen presente lo que ellos creen que ha sucedido, o incluso lo que desean hacer creer que ha sucedido); *b*) porque ayuda a interpretar lo que efectivamente está sucediendo, en el sentido de que las acciones y procesos mismos no siempre poseen una lectura inequívoca, y el remontarse al pasado (inmediato o mediato) ayuda a percatarse de qué resulta de qué, de qué desemboca en qué, independientemente de lo que los actores piensen o dejen de pensar (aquí el acento está en el qué más que en el porqué); *c*) porque hay procesos e instituciones de larga duración que en el presente no han cesado de existir, que están allí (el mundo no nace completo todos los días).

Y en esta invocación a la historia para dar cuenta de la actualidad es vital examinar el papel de las comunidades en la montaña y en las tierras llanas y las distintas etapas de la constitución de entidades políticas, desde los emiratos de siglos pasados a la Mutaşarrifiyya a la constitución del Gran Líbano. A menudo se señala que el Estado libanés, así como sus vecinos, surge de una decisión arbitraria de las potencias europeas, y que ello explicaría en parte los problemas que ha tenido en formar una nacionalidad y una identidad común en sus ciudadanos. Sin embargo, aunque estemos ante un caso distinto al de entidades como Iraq (Mesopotamia) y Egipto, donde lo arbitrario se refiere a aspectos hasta cierto punto marginales (hasta cierto punto: pensemos, por ejemplo, en los problemas que se crearon con la constitución de Kuwait como organismo separado), me parece que en la creación del Líbano la arbitrariedad, como suele suceder, no es total. Comparemos, por ejemplo, con la creación de lo que primero fue

Transjordania y después Jordania. Una ojeada al mapa parece suficiente, y no sólo por la figura de este polígono irregular pero sospechosamente rectilíneo en trechos. Nadie puede negar la existencia del monte Líbano, ni —lo que es más importante— que en él surgieron, y ya hace unos siglos, formaciones políticas indudables, como la de los Ma'n y la de los Shihab (Šihāb). Una de las fuentes de los desencuentros fue la incorporación de zonas muy dispares.

¿Y qué es interno y qué externo en la crisis y cómo interactúan lo uno y lo otro? Hay en la obra un pormenorizado análisis, en ocasiones muy fino, de estos factores, que se categorizan en siete causas principales. Cito de las Conclusiones Generales:

- 1] La fragmentación de la estructura social libanesa y de su estructura política [...]
- 2] La debilidad y rigidez del sistema político.
- 3] Las desigualdades socioeconómicas generadas por el sistema económico libanés de *laissez faire*.
- 4] La tendencia recurrente de los grupos libaneses de recurrir al extranjero para imponer su proyecto.
- 5] La presencia palestina en el Líbano y los efectos potencialmente desestabilizadores de la acción guerrillera para el Estado libanés.
- 6] La no resolución del conflicto árabe-israelí y la complejidad de la acción resultante entre la dinámica sionista, la de los palestinos y la de los intereses particulares de cada Estado árabe.
- 7] El entrecruzamiento de las políticas de otros actores regionales y extrarregionales, siendo las más importantes las de Siria e Israel, más o menos en concordancia con la política de las grandes potencias del momento (pp. 243-244).

De estas siete las tres primeras se consideran “enraizadas en las estructuras sociales y políticas del país” y a las tres últimas se les atribuye “carácter externo”. Hay cierta explicable vacilación respecto de la del medio, el recurrir de los actores de adentro a ayuda de afuera. Notemos que las tres externas están íntimamente ligadas con la implantación sionista en la zona.

Pero también cuando se trata de la coyuntura, en la sección dedicada a la guerra civil y sus secuelas, se aprecia un especial cuidado de dar razón a lo que se está estudiando, de explicarlo, en este caso la marcha de los acontecimientos. A veces parecería que las bandas armadas poseen su dinámica propia. El miliciano, o el mercenario, es un ser humano de un tipo especial, enajenado en varios sentidos de su sociedad y del mundo. Pero ello no significa que actúe en forma absolutamente errática.

¿Cómo se conciben las causas mediatas e inmediatas? ¿Son algo inevitable? Creo que del conjunto de la obra no se desprende tal inevitabilidad. Para decirlo de un modo no muy riguroso: más bien la idea es que la baraja viene de cierta forma, en tanto que los actores pueden moverse, incluso creadoramente, dentro de los límites del juego (y de vez en cuando de acuerdo con sus reglas). Es decir, se trata de lo que a veces se denomina concepción dialéctica, que tiene en cuenta condicionantes, y hasta determinantes (cuando los hay), pero no pasa por alto las posibilidades que los jugadores poseen de decidir. En otras palabras, se maneja una concepción no determinista de la historia humana, pero tampoco postuladora de la libertad absoluta de los actores.

Terminaré con una observación y dos inquietudes dirigidas a la autora.

La observación se refiere al eurocentrismo. Si bien es común el error de atribuir a los otros rasgos o comportamientos o creencias que los otros no tienen, sustituyéndolos por contrapartes que sí existen en el mundo europeo (o, generalizando, en el mundo del observador), también es posible —y grave— ver en culturas y comunidades diferentes a las nuestras características no ya por completo distintas, sino inconmensurables con las nuestras. Un ejemplo de esto último es la idea de que las sociedades árabes o africanas o islámicas, etc., son por naturaleza tribales o anárquicas o reacias a los cambios de cualquier tipo.

Las inquietudes:

1) ¿Cómo caracterizar los conflictos en que los agentes o grupos en pugna de pronto parecen obedecer a diferencias materiales (o profesionales o de clase, etc.) y de pronto siguen las líneas de comunidades religiosas? Un ejemplo, los recientes enfrentamientos de Sohag, en el alto Egipto, donde una disputa por cuestiones económicas entre un copto y un musulmán dio paso a cruentas agresiones colectivas en que un bando estaba constituido exclusivamente por musulmanes y el otro exclusivamente por coptos, y donde lo que los participantes decían de sí mismos y del contrincante estaba definido por su ser musulmanes y su ser coptos. Algo análogo se observa en los disturbios de Indonesia (Molucas, Lombok).

2) ¿Cuáles son las diferencias que median entre causas intrínsecas (o inherentes) y causas contingentes? ¿Qué criterio permite clasificar las causas internas de la crisis de Líbano como intrínsecas y las externas como contingentes? Creo que en este punto el texto no es lo bastante diáfano. Se las caracteriza respectivamente como aquellas en

cuya "ausencia la crisis no hubiera podido producirse" y "aquellas cuya presencia fue fundamental para que la crisis ocurriera" (conclusiones, p. 244).

RUBÉN CHUAQUI
El Colegio de México

8/6/95
5/27/95

Sparks, Kenton L. *Ethnicity and Identity in Ancient Israel. Prolegomena to the Study of Ethnic Sentiments and their Expression in the Hebrew Bible*, Eisenbrauns, Winona Lake, Indiana, 1998, 331 pp.

La historia de Israel posee una gran multiplicidad de abordajes desde diferentes ángulos de investigación. Disciplinas como la historia, la arqueología, la antropología y la exégesis bíblica están involucradas en estos estudios, pero en general transitan por caminos no convergentes y los intentos por lograr confluencias posibles desvelan a muchos historiadores interesados en acercarnos a una historia total del proceso de conformación del temprano Israel. La obra de Sparks se enmarca en los estudios exégeticos pero se abre a otros campos al evaluar el problemático tema elegido dentro de otras culturas y desde enfoques teóricos que lo desplazan del cerrado círculo de biblistas hacia reflexiones novedosas y estimulantes para futuros trabajos.

El punto de partida del autor es el estudio de la etnicidad en el temprano Israel. Este interés surge a partir de que, en la actualidad, en toda disciplina de las ciencias sociales hay disconformidad y debate en torno a la manera ambigua en que los investigadores abordan la temática de la cultura y la identidad.

En el caso específico de Israel se presentan controversias respecto a los orígenes y la antigüedad de la etnicidad israelita, en especial, dentro del círculo de exégetas bíblicos y también de los arqueólogos.¹

¹ Aunque el autor no profundiza en los estudios arqueológicos debemos decir que hace poco más de diez años comenzó a plantearse la cuestión étnica y la factibilidad de su lectura en el registro arqueológico. Uno de los primeros trabajos fue el de L. Stager, "The Archaeology of the family in ancient Israel", *Bulletin of American Schools of Oriental Research*, 260, 1985, donde introduce la temática referida a las costumbres y prácticas culturales que denotan la identificación de rasgos étnicos específicos. También véanse de W. Dever, "Ceramics, ethnicity, and the question of Israel's origins", *Biblical Archaeologist*, 54, 1995, pp. 200-211. Este autor afirma que la etnicidad Israel en los siglos XIII y XII a.C. no era un grupo étnico homogéneo por los variados orígenes

Por lo que se propone la necesidad de revisar estas cuestiones a la luz del material bíblico² y de unas pocas fuentes extrabíblicas. Las preguntas que se plantea ante las fuentes son: qué clases y definiciones de sentimiento étnico desempeñan un papel importante en la literatura del temprano Israel; qué refleja la discusión literaria acerca del origen de la etnicidad, y por último, qué función ejercen los modos de identidad en relación a las concepciones de identidad étnica.

En el capítulo introductorio presenta el tema propuesto y sus dificultades, se enfrenta al problema de la cronología de las fuentes que utiliza ya que, por ejemplo, no puede establecerse con certeza la era de los patriarcas ni la época del Canto de Deborah. Por lo que plantea nuevas preguntas a los materiales literarios del antiguo Israel para saber qué expresan acerca de las identidades colectivas, y en especial, del papel que desempeña la identidad política y religiosa frente a las numerosas concepciones de identidad étnica en el mundo antiguo.

de sus componentes, aunque luego sí se configure como tal; e I. Filkenstein, "Ethnicity and origin of the Iron I settlers in the Highlands of Canaan: can the real Israel stand up?", *Biblical Archaeologist*, 59, 1996, pp. 198-209, aquí debate postulados propuestos por Dever y defiende la postura del surgimiento de Israel como grupo étnico definido a partir de la consolidación de la monarquía y los estados territoriales de Israel y Judá.

² Se debe a Wellhausen la aparición, a fines del siglo pasado, dentro de la escuela crítica-histórica del Antiguo Testamento, de la llamada "hipótesis documentaria". En ella se reconoce para la conformación de los seis primeros libros de la *Biblia*, la existencia de cuatro documentos independientes, comúnmente conocidos como yahvista, elohista, deuteronomista y sacerdotal que han sido datados sucesivamente desde el periodo de la monarquía hasta los tiempos posrexílicos. Estos documentos fueron abordados como composiciones que reflejan el mundo de sus escritores, esto en su tiempo histórico. Su impacto dentro de la crítica fue de tal calibre que el siglo siguiente derivó en interpretaciones a su favor y en su contra. Esta reconstrucción histórico-crítica del Pentateuco influyó en la interpretación del resto del Antiguo Testamento, destacándose al respecto la percepción de sus fuentes, el análisis cronológico y el desarrollo literario. El trabajo de Wellhausen consistió en la captación dentro del texto de anomalías, variaciones lingüísticas, pluralidades ideológicas y teológicas del contexto literario de las fuentes. A partir de esta elaboración crítica que implicó el reconocimiento de la autoría humana del texto bíblico, se operó una división profunda entre aquellos investigadores cuyo trabajo siguió atado a objetivos netamente religiosos y teológicos y quienes fundaron su trabajo en una perspectiva crítica y en una orientación claramente histórica. La obra más importante de Wellhausen *Gestiche Israels* se publicó en 1878 en Alemania, su segunda edición de 1883 modificó su título por *Prolegomena zur Geschichte Israels*. Su trabajo estuvo asociado a la obra de K. Graf, *Die Geschichtlichen Bücher des alten Testaments: Zwei Historisch-Kritische Untersuchungen*; y de A. Kuenen, *Historisch-kritische Einleitung in die Bücher des alten testaments hinsichtlich ihrer Entstehung und Sammlung I. Die Entstehung des Hexateuch* ambas publicadas en Leipzig en 1866 y 1887 respectivamente. Para un análisis actualizado de los alcances de esta hipótesis y sus derivaciones véase T. L. Thompson, *Early History of the Israelite people from the written and archaeological sources*, The Netherlands, E. J. Brill, 1994, pp. 1-10.

Para entrar a estas cuestiones Sparks considera que en primer lugar es necesario delinear una base teórica para los estudios étnicos, y en segundo lugar establecer una base comparativa de sus materiales primarios, que son las colecciones proféticas del siglo VIII a.C. con los secundarios que son una selección de fuentes egipcias, asirias y griegas donde rastrea algunos datos sobre la concepción de la identidad y etnicidad de estos grupos ubicados en los territorios próximos al antiguo Israel. A partir de allí desentrañará el proceso por el cual la etnicidad se convirtió en un componente de la identidad nacional israelita, mientras que en los estados circundantes tuvo un papel menor, casi ausente.

En cuanto a sus lineamientos teóricos Sparks afirma que le interesa la identidad étnica en tanto experiencia corporativa de la comunidad/comunidades israelitas, las ideas comunes y las diferencias que los separaron en facciones ideológicas. El sentimiento y el comportamiento étnicos están vinculados a la cultura, que es la que genera para el autor lazos sociales de identidad.

La etnicidad es para Sparks una de las varias formas del comportamiento humano y un fenómeno de percepción genealógica, cuya base es la creencia del grupo en un ancestro común, sin perjuicio de cómo se interrelacione ese grupo en la realidad (otros factores como la lengua, religión e historia contribuyen a conformar la etnicidad, pero para Sparks sin el componente genealógico no emerge el sentimiento étnico de pertenencia). Otro de sus postulados básicos es considerarla en su contexto político, económico y social, con especial atención a su relación con la estructura de clases y la competencia entre éstas, que contribuye a afianzar los sentimientos étnicos.

En cuanto a la elección de un sistema teórico específico Sparks aclara su posición ecléctica al respecto. Considera los modelos conceptuales en el debate actual, como los que hacen hincapié en el parentesco, los que ven emerger los sentimientos étnicos en contextos opresivos y los que relacionan el fenómeno con la geografía, útiles todos pero ninguno, según el autor, resulta ideal para su investigación.

En el segundo capítulo inicia su búsqueda de la noción de identidad y etnicidad en el mundo circundante que hemos mencionado, para afirmar que, en los casos egipcio y asirio, la relación de pertenencia en torno a dichos centros de poder se basó en la coacción imperialista del Estado y en la figura del faraón/monarca por lo que detecta una identidad vinculada a lo político más que a lo étnico. En el primer caso toma el relato de Sinohé, texto del Reino Medio que narra las percepciones de un egipcio frente a las culturas asiáticas y las inscripciones del Reino Nuevo del faraón Tutmoses III (1479-1425 a.C.) que des-

cribe el recuento de cautivos asiáticos llevados a Egipto destinados a los talleres y campos. En el segundo caso sus fuentes son los anales del rey Assurnarsipal II (883-859 a.C.) que relata el castigo igualitario tanto a rebeldes asirios como no asirios por un levantamiento y las inscripciones reales de Sargón II (721-705 a.C.) que ofrecen la oportunidad de percibir cómo veían los asirios a los pueblos conquistados. En ambos casos la región de Palestina es objeto de conquista y dominación.

Inicia luego un recorrido por las fuentes literarias griegas, Homero, Hesíodo, Hecateo y Herodoto buscando la perspectiva griega sobre la periferia, afirmando que presenta un carácter más etnográfico que las anteriores (relatos de costumbres y tradiciones extranjeras así como descripciones geográficas). Sparks percibe aquí una concepción sobre la etnicidad, aunque en este caso, a nuestro entender, habría que hablar más bien de percepción de la "alteridad" del mundo no griego.

En el tercer capítulo sus fuentes de análisis son la Estela de Merneptah³ y el Canto de Débora.⁴ En el primer caso, afirma que Israel puede haber sido el nombre con que los israelitas se habrían identificado a sí mismos y de ahí infiere que ya era entonces una unidad sociocultural que compartía un cierto sentido de identidad; además destaca la presencia de elementos teomórficos en la construcción de la palabra Israel: "Él" sería el dios que los unía en una identidad religiosa. En el segundo caso, el Canto de Débora, uno de los textos más antiguos de la *Biblia*, es esta misma identidad religiosa en

³ La inscripción en este monumento de piedra nos provee la mención más temprana que se conoce de Israel. Constituye para algunos autores la primera evidencia de su reconocimiento como entidad socioétnica en Palestina, mientras para otros no debe sobredimensionarse tal aparición como una evidencia vital, sino como una simple mención de una entidad llamada Israel. El texto de la estela puede encontrarse en J. B. Pritchard (ed.), *Ancient Near Eastern Texts relating to the Old Testament* (ANET) 2^a. Ed. Princeton, Princeton University Press, 1955 pp. 376-387. Véase H. H. Rowley, *From Joseph to Joshua. Biblical Tradition in the light of Archaeology*, Londres, Oxford University Press, 1948, pp. 30-34. Para un análisis actualizado de la estructura de la estela y las posturas sobre la cuestión véase M. H. Hasel "Israel in the Merneptah Stela", *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 296, 1994, pp. 45-61.

⁴ Esta oda triunfal de Jueces V es mucho más antigua que su relato en prosa. Relata el triunfo de dos tribus contra los cananeos en la llanura de Jesreel, tal vez en torno al año 1100 a.C. La oda fue probablemente preservada en una de las colecciones de poesía hebrea como el libro de Jashar o el de las Guerras de Yahveh. Algunos autores como Weiser han propuesto ver en él una liturgia anfictiónica en que las tribus celebran la victoria de Zabulón y Neftalí, invitando a las otras tribus, y es análogo a los cantos de los árabes nómadas. Véase en *The International Critical Commentary on the holy scriptures of the Old and New Testaments* a G. Moore "Judges", 6^a ed., Edinburgo, T. y T. Clark, 1949, pp. 28-30.

torno a Yahveh la que parece conectar a las tribus entre sí; Sparks desliza la idea de que es aquí cuando se puede detectar el surgimiento de la etnicidad israelita.

El nudo temático más rico y sólido del libro se inicia en el cuarto capítulo con el análisis de las colecciones proféticas elaboradas durante el periodo de dominación asiria. Sparks aborda el libro de Osías que se ubica en el siglo VIII a.C. destacando la fuerte conexión entre la identidad étnica de Israel y sus sentimientos religiosos, y que, a pesar de las confusas metáforas usadas por el narrador, se ve la antipatía por la influencia extranjera en general, y por las instituciones religiosas foráneas en particular. En este momento histórico, las deidades nacionales como Chemosh en Moab, Milkom en Amon y Yahveh en Judá tenían un papel importante, aunque reconoce la posible existencia de una dicotomía entre la religión oficial y la religión popular alejada de los principales centros. Osías ve la época anterior a la ocupación de Canaán como gloriosa, y al progreso socioeconómico de Israel como un retroceso frente a la cohesión religiosa lograda en el pasado.

Mientras que el interés del profeta Amós radica en la religiosidad del pueblo israelita, y en su visión de las tierras circundantes bajo la posición común de soberanía universal de Yahveh. Sparks en esta parte de su trabajo considera como “conceptos étnicos” la referencia a los antepasados y sus migraciones, afirmando que desempeñan un papel elemental y fundante en la identidad israelita.

Percibe que hay una tendencia a incluir a ancestros como Jacob y José (antepasados étnicos según Sparks ubicados entre el 2000-1400 a.C.) dentro de una misma red genealógica siendo que, si existieron, habrían sido independientes entre sí, al configurarse como mitos constitutivos inventados para forjar los orígenes. Sparks está persuadido de la existencia de contactos entre griegos e israelitas, vía Fenicia, durante el siglo VIII a.C. y de ahí podían derivar las analogías en las tradiciones migratorias de los ancestros. Otra modificación en la literatura de este periodo es la forma en que se ve a los cananeos: en el Canto de Déborah son los oponentes de la lucha militar y en Osías son los oponentes de la lucha religiosa por imponer el yahvismo.

Cuando la dominación neosiria convirtió a Israel y Judá en periferia de ese imperio, Sparks trae a colación la conocida teoría elaborada por Wallerstein (a la que considera demasiado esquemática para describir y predecir comportamientos humanos complejos) por la que la identidad étnica se crea y nutre cuando pequeñas sociedades periféricas son dominadas y viven bajo las presiones imperiales de una civilización central. El autor afirma que en el caso de Israel estos lazos étnicos ya existían pero que puede haberse provocado una in-

tensificación que arraigó el sentido de comunidad y reforzó la idea teológica de la liberación a través de Yahveh. Esto último se refleja en Osías e Isaías que ven que toda victoria o derrota militar respondía a la participación o a la no intervención de Yahveh en esos eventos y no de Asiria como poder extranjero.

En el quinto capítulo focaliza su atención en dos importantes fuentes de la monarquía de Judá: Deuteronomio y Jeremías; en la primera, los ancestros, y en particular la tierra, tienen un papel importante en el modelo étnico de identidad, pero lo que más destaca es la aparición de la idea de “hermandad teológica” que coadyuva al soporte de la religión que se conforma a partir de un sentido de parentesco entre judíos e israelitas frente a los extranjeros.

En el desarrollo del capítulo sexto plantea el conflicto “intraétnico” entre la comunidad en el exilio y la que permanece en Jerusalén. En la primera se reflejan los sentimientos étnicos como verdaderos herederos de las promesas que Yahveh habría hecho a sus ancestros, así como también se intensifica la práctica de los rituales como el sábado, la circuncisión y la purificación.

En cambio, la amenaza que enfrentaron los exiliados fue la pérdida potencial de la tierra natal respecto a la comunidad que permaneció en Judá, que por su lado, elaboró una tradición ancestral que los convertía en herederos de la misma. Es interesante ver cómo la comunidad exiliada en Babilonia toma la tradición de Abraham como propia en pos de preservar sus derechos sobre la tierra. Estos exiliados compilaron y documentaron las propiedades familiares tal cual estaban adjudicadas en la región palestinese antes del exilio. Estos documentos se convirtieron, según Sparks, en un modo de verificación de su estatus étnico israelita.

En sus conclusiones generales Sparks afirma que en las fuentes bíblicas de los siglos VIII al VI a.C. la etnicidad tiene un carácter secundario respecto a la identidad religiosa. Si la etnicidad tiene como propósito explicar el origen de un grupo, en el caso de Israel los detonantes del proceso fueron las relaciones de parentesco que encuentran fuerte soporte en las fuentes, en un primer momento a través de las tradiciones sobre los ancestros, y posteriormente, con el planteo de la “hermandad teológica” de israelitas y judíos en torno a la adoración monoteísta. No obstante quedan, según el autor, muchos caminos abiertos a la investigación; en especial hace hincapié en las similitudes con la etnicidad griega y la posibilidad de una difusión ideológica.

Si consideramos que el término “étnico” ayuda a entender la dinámica que envuelve situaciones de conflicto con las revisadas por el autor y a entender la identidad de los actores, es plenamente válida su

utilización para avanzar en el conocimiento histórico de cualquier grupo humano, y por ende de Israel, como ya lo dijimos. En segundo lugar un grupo étnico adquiere su identidad (a veces llamada etnogénesis) indefectiblemente como resultado de un proceso histórico cuyos factores internos y externos se hallan inmersos en una compleja red de interrelaciones. Es claro que, en el caso de Israel, las historias y mitos fundacionales, así como la existencia de antepasados comunes reales o ficticios, se transmitieron de generación en generación creando el vínculo identitario. Hay una construcción de una ideología yahvista a partir de la monarquía y de la creación de un árbol genealógico fundante.

No demos olvidar que las identidades étnicas representan un fenómeno universal y recurrente, y son la base de la integración social. Algunos grupos étnicos se definen por su persistente reproducción cultural a través del tiempo. Si nos preguntamos por qué y cómo sucede, una de las respuestas la debemos encontrar en la idea de cultura y los patrones culturales específicos y particulares que se transfieren, a través del parentesco, y se identifican como conjunto de normas y valores compartidos por el grupo. Éstos cambian a lo largo del tiempo frente a cambios en las relaciones sociales o económicas con las diferentes poblaciones que interactúan en un espacio determinado.

Es quizás éste uno de los caminos para entender el caso de Israel, pero debemos tener en cuenta que las discusiones teóricas más recientes subrayan el hecho de que la etnicidad se construye, inventa o imagina bajo determinadas circunstancias y por razones u objetivos específicos, tal es en este caso, aunque a muchos investigadores les cueste admitirlo, la religiosidad en torno a Yahveh.

Todos estos temas son problemáticos dentro de la historia antigua porque, reconocer y desentrañar estos procesos en fuentes escritas por hombres inmersos en un espacio sociocultural diferente y con otros objetivos y perspectivas respecto a los de nuestra cultura occidental, implica intentar desestructurar las ideas y valores que acarreemos en nosotros mismos. Empero, se impone a los historiadores afrontar estos desafíos e intentar esbozar respuestas a nuestras preguntas contemporáneas, aunque sean inquietudes que puedan cambiar a corto plazo.

Sparks intenta un camino a partir de su interés por la etnicidad e identidad del temprano Israel, la particular cohesión religiosa israelita y su permanente reconstrucción en los diferentes periodos que atraviesa su historia. Lo original y novedoso de la obra de Sparks ha sido abordar la *Biblia* a partir de una estricta interpretación textual y, en especial, desde la elaboración histórica real de los libros que la

La noción de *campo* implica, pues, estar fuera del *hogar*, entendido éste como los variados espacios que definen la identidad y delimitan los espacios culturales, sociales y políticos. Estos espacios identificados como el hogar incorporan la noción de *pertenecer*. Pero la noción de hogar también implica la delimitación de fronteras en virtud de exclusiones y del establecimiento de una línea divisoria que ubica a los individuos o grupos en una posición hegemónica de pertenencia al hogar, o los ubica fuera en una posición de no pertenencia de manera tal de establecer la diferencia con el "otro", sujeto-objeto de estudio.

El ensayo de Henrika Kuklick analiza cómo la idea de campo ha sido históricamente construida en la antropología y analiza cómo se constituyó en su práctica central; a su vez, Mary Des Chene resume algunas de las consecuencias de este concepto para la práctica profesional y subraya la necesidad de pensar la disciplina, también, como una ciencia histórica para desconstruir las tradiciones estáticas que han conformado su práctica. Para esta autora, el "otro" como el "campo" se vuelven entidades conceptuales ahistorizadas, transformadas por la mirada etnográfica.⁴

Liisa H. Malkki rastrea las fuentes intelectuales y las prácticas disciplinarias alternativas que contribuyan a una reconstrucción de la tradición. Malkki insiste en la necesidad de no perder de vista las características transitorias, desterritorializadas y de carácter procesal de los estudios antropológicos y de los sujetos-objetos que son estudiados. Las preguntas de este capítulo giran en torno a la posibilidad de crear una interconexión entre el entendimiento teórico acerca del objeto antropológico, los modos antropológicos del conocimiento, y el trabajo de campo como un tema de oficio y de políticas. En una misma línea de pensamiento, Deborah Amory analiza el campo conocido como estudios africanos. La discusión presentada por la autora se centra en cómo las relaciones raciales americanas han desempeñado un rol predominante en el proceso de desconstruir África como el "otro" para el imaginario occidental, y qué efectos ha tenido este proceso sobre los campos de los estudios africanos y la antropología. De la misma manera, el ensayo presentado por Jane Collier ofrece algunas observaciones acerca del desarrollo, prosperidad y declive de la división en subcampos dentro de la antropología sociocultural en Estados Unidos, enfocándose en los movimientos teóricos dentro de la disciplina, el mercado de trabajo académico para los antropólogos y el contexto político y cultural nacional.

⁴ Mary Des Chenes, "Locating the Past", en Akhil Gupta y James Ferguson (ed.), *Anthropological Locations. Boundaries and Grounds of a Field Science*, Berkeley, Los Angeles, Londres, University of California Press, 1997, p. 70.

Emily Martin explora cómo varios estudios son y no son contenidos dentro un *sitio de campo* y el rango de consecuencias que pueden estar asociadas a la transgresión de los límites establecidos tradicionalmente por la antropología y su noción de campo. Joanne Passaro también se detiene en los considerados “campos no tradicionales” de estudio para la antropología clásica. Passaro explora algunos de los temas que son ignorados o subsumidos por la concepción arquetípica y totalizante de campo.

Por su parte, Kath Weston trabaja el sujeto-antropólogo que es a su vez sujeto-objeto de estudio y los conflictos y prejuicios que se dan en torno a ello. Y, por último, James Clifford analiza el rol del viaje en la práctica antropológica. El análisis propuesto por Clifford propone desarrollar nuevas estrategias epistemológicas y metodológicas y repensar las ya existentes para cuestionar la ubicación, la intervención y la construcción de los conocimientos situados.

El propósito, logrado, de este conjunto de ensayos, es analizar las prácticas y representaciones del campo de manera tal que se repiensen las relaciones entre los lugares, los proyectos y las fuentes de conocimiento.

XIMENA PICALLO
El Colegio de México

